

y como blasfemos arrancarles la lengua por el pescuezo, y clavarlos en sendas horcas por el mismo orden por el que han colgado sus sellos de las bulas. Por más que todo eso es poco en comparación de sus blasfemias é idolatrías. Después de esto se les puede dejar que celebren un concilio ó cuantos quieran, en las horcas ó en el infierno con todos los demonios.»

Al contenido de este infame libelo de Lutero, corresponde la imagen del principio, la cual representa al Papa en su trono y con sus ornamentos sacerdotales, pero con orejas de asno, y rodeado de demonios, que por arriba le coronan con un cubo de inmundicia, y por debajo tiran de él hacia el infierno (1).

Por el mismo tiempo componía Calvino, en forma de 47 observaciones al escrito del Papa, un violento libelo contra Paulo III (2). Juan Sleidan, que había sido antes espía de los franceses, y luego historiógrafo de la liga de Schmalkalda, publicó dos discursos dirigidos al Emperador y al Imperio, en los cuales excitaba á proceder por medios violentos contra el Papa, que era el Anticristo (3).

Sin cuidarse del disgusto manifestado por los católicos y aun por el Emperador, contra los libelos infames de Sleidan y Lutero, los protestantes hicieron repartir en la Dieta imperial aquellos y otros envenenados libelos y caricaturas indecentes contra el Papa; y así este proceder, como la manera incondicional con que rehusaron el Concilio, demuestran cuán poderosos se sintieran ya entonces (4). La situación se empeoró todavía por cuanto muchos, aun de la parte de los católicos, ponían en duda la

(1) Cf. Janssen, Ein zweites Wort an meine Kritiker 99 s.; Ehses IV, 373, n. 4.

(2) Admonitio paterna Pauli III, R. P. ad invict. Caes. Carolum V... cum scholiis, 1545 (cf. Druffel, Karl V, I, 80 s.). Aunque Druffel dice de los escolios de Calvino que son «en muchos lugares, no solamente acres y mordaces, sino también groseros y asquerosos»; con todo eso, el mismo Druffel en muchos puntos se hace aliado del innovador ginebrino y, sin advertirlo, lanza sus escolios como dardos contra Paulo III y los papas anteriores. Contra él muestra Ehses, en el Suplemento científico de Germania 1900, n. 16 y en el Conc. Trid. IV, 373 s., que Calvino, en cosas científicas, no es ninguna autoridad detrás de la cual un investigador histórico pueda guarecerse (v. también Merkle I, 174, nota 4).

(3) Sleidanus, Zwei Reden, neu herausgegeben von E. Böhmer, Tübingen 1879, cf. Janssen-Pastor III<sup>8</sup>, 591 s.

(4) Cf. Janssen-Pastor III<sup>8</sup>, 590, 592; Druffel-Brandt 75; Nuntiaturberichte VIII, 98 nota, 101, n. 4. V. también Wendeler, Luthers Bilderpolemik gegen das Papsttum: Archiv für Literaturgesch. XIV, 16 ss.

sinceridad de los intentos de la Curia sobre reunir el Concilio (1). A las representaciones de Granvella, quien tratando con el Nuncio había hecho notar también en este respecto que, después de haberse notificado que se reanudaba el Concilio, no se había hecho ninguna otra ulterior comunicación á los embajadores imperiales acerca de la continuación del negocio por parte del Papa, contestó Mignanelli, que Paulo III demostraba con los hechos querer el Concilio; pero al propio tiempo advertía en su relación que la Curia debía suplir lo que se había dejado de hacer por descuido. También enteró Mignanelli á los legados conciliares que se hallaban en Trento, acerca de la situación de las cosas en Worms; y los legados enviaron á Roma, el 23 de Abril, una extensa carta cifrada que de él habían recibido (2).

Las relaciones de Mignanelli, una carta de aviso del cardenal Truchsess y el consejo del cardenal Madruzzo, fueron los motivos decisivos para que el Papa se resolviera finalmente á condescender con los urgentes deseos del Emperador y enviar á Worms mismo al cardenal Farnese (3). Luego que Paulo III, en un consistorio de 14 de Abril, comunicó más por menor á los cardenales las cosas tocantes á la importante misión del cardenal Farnese, partióse éste de la Ciudad Eterna el 17 del mismo mes. Para no llamar la atención en Alemania, habíasele dado solamente una pequeña comitiva (4). Después de la partida de Farnese, llegó á Roma un escrito de los legados conciliares en el cual exponían largamente que, por efecto de la proposición hecha en la Dieta, se había acrecentado en tales términos el peligro de un concilio nacional alemán, que hacía necesario abrir en Trento la universal Asamblea de la Iglesia, pronto, y en todo caso, antes de la terminación de la Dieta imperial (5). Sobre esto hizo Paulo III se enviase á los legados el 23 de Abril, y de nuevo el 27, la advertencia de principiar el Concilio el 3 de Mayo, fiesta de

(1) Carta de Mignanelli á Farnese, con fecha 9 de Abril; Nuntiaturberichte VIII, 98 s.; Druffel, Karl V, I, 41 s.

(2) Nuntiaturberichte VIII, 99 s.; cf. Merkle I, 178.

(3) Nuntiaturberichte VIII, 28, 106 nota 3. Sobre el consejo de Madruzzo v. en el apéndice, n.º 67, la \*carta del cardenal Hérc. Gonzaga de 28 de Marzo de 1545. *Biblioteca Vaticana*.

(4) Nuntiaturberichte VIII, 107 nota; cf. Campana 480.

(5) Se halla en Druffel-Brandt 55 ss. Cf. Pallavicini, l. 5, c. 10, n. 5-8; Nuntiaturberichte VIII, 122, n. 2.

la Invención de la Cruz. Este mandamiento no se daba en términos absolutos por respeto á la misión de Farnese, sino dejaba á los legados libertad para diferir la apertura, en caso de que llegaran entretanto noticias de Worms, conforme á las cuales pareciese conveniente dicha dilación (1).

El cardenal Farnese hizo su viaje con gran rapidez. El 21 de Abril se hallaba ya en Bolonia (2), el 23 en Mantua, donde habló con el cardenal Hércules Gonzaga, que era allí regente, entre otras cosas, de la peligrosa disminución de fuerzas del Papa (3). El Legado continuó aquella misma noche su camino hacia Peschiera, desde donde un buque del cardenal Madruzzo le condujo á Riva. Allí le aguardaban el mencionado cardenal y los otros dos legados conciliares, en cuya compañía hizo su entrada en Trento el día 25 (4). Precisamente cuando á 28 de Abril quería continuar su viaje, recibieron los legados el mandamiento relativo á la apertura del Concilio. Sin embargo, Farnese logró vencerlos de la necesidad de no abrir el Concilio universal antes que él hubiese hablado con el Emperador; y como también Mendoza y el cardenal de Trento fueron del mismo parecer, los legados se resolvieron en este sentido, y aquel mismo día hicieron relación de ello á los cardenales Santaflora, Cervini y Morone (5). Todavía aquel día mismo, con el pie en el estribo para seguir su viaje, escribió también Farnese al Papa sobre el asunto (6). El 3 de Mayo convocaron los legados para una reunión á los diez obispos que hasta entonces se habían presentado en Trento (7) y les comunicaron el encargo del Papa y las razones de la provisional dilación, con lo cual todos estuvieron conformes (8). El

(1) Ehses IV, 411; Druffel-Brandt 65.

(2) Nuntiaturberichte VIII, 120, nota 1.

(3) Cf. en el apéndice n.º 68, la \*carta del cardenal Hérc. Gonzaga de 26 de Abril de 1545 (*Biblioteca Vaticana*). San Benedetto, donde tocó el cardenal en el viaje, y que Friedensburg (Nuntiaturberichte VIII, 120) no sabe explicar, es la abadía de S. Benedetto di Polirone, junto á Mantua.

(4) Nuntiaturberichte VIII, 120 s.; Massarelli Diarium I, ed. Merkle I, 179.

(5) Massarelli Diarium I, al 28 de Abril, ed. Merkle I, 180, Druffel-Brandt 66 s., 68 s. Cf. Pallavicini l. 5, c. 11, n. 4-5.

(6) Nuntiaturberichte VIII, 133, nota 1.

(7) Eran los obispos de Cava, Feltre, Cádiz, Pesaro, Plasencia, Acci, Mallorca, Bitonto, Belcastro y Bertinoro.

(8) V. las relaciones sobre esta reunión, en Massarelli Diarium I, ed. Merkle I, 183 y en Ehses IV, 413. Carta de los legados á Santaflora, de 4 de Mayo, en Druffel-Brandt, 80 s. Un dictamen del obispo de Feltre sobre el punto de la

Papa aprobó también esta dilación, según hizo escribir á los legados á 4 de Mayo por el cardenal Santaflora (1); pero á 21 de Mayo les comunicó la orden de que, tan pronto como recibieran noticia de Worms, de que el Emperador no era adverso á la apertura, procedieran á ella inmediatamente, sin esperar nuevo mandamiento del Papa (2). Que Paulo III suponía por aquel tiempo, que no se trataría sino de una breve dilación, se colige de haber hecho que el cardenal Santaflora enviara á 9 de Mayo, al nuncio en Francia, la orden de instar con Francisco I para que enviase ahora los preladados de su Reino lo más pronto posible (3).

El cardenal Farnese llegó á Brixen en la tarde del 29 de Abril de 1545 y encontró allí á Bellagais, secretario del cardenal Truchsess, el cual le certificó que Ferdinando I, Granvella y los católicos miraban con grande alegría que él se hubiera presentado en Worms. Y para desvanecer las dificultades acerca del recibimiento que había de esperar de los Soberanos de Habsburgo, ayudó también haberle comunicado Verallo, que el Emperador había levantado la prohibición de que los cardenales nombrados el 17 de Diciembre de 1544 pudieran usar el traje de su nueva dignidad (4).

No careció de dificultades la continuación del viaje del cardenal legado, por el peligro de caer prisionero de los protestantes. Por consejo del solícito cardenal Truchsess, quien envió á su único hermano al encuentro del representante del Papa, dejaron, por esta causa, desde Füssen, el acostumbrado camino real, y no tocaron en la ciudad de Augsburgo. En el camino se encontró Farnese con Nicolao Madruzzo, hermano del cardenal de Trento, el cual debía acompañarle desde allí hasta Worms. En Dillinga, á donde llegaron el 5 de Mayo, recibió el Legado un mensaje del cardenal Truchsess, quien le rogaba instantemente detuviera su camino, porque no se podía tener confianza en el

apertura del concilio y otros asuntos propuestos por los legados á los obispos en la reunión de 3 de Mayo, puede verse en Ehses IV, 414-417.

(1) Druffel-Brandt 82 s.

(2) Cf. Ehses IV, 413, nota 3.

(3) Ibid. En 29 de Abril de 1545, este nuncio, Alessandro Guidiccioni, había notificado á Farnese, que Francisco I le declaró, que antes de enviar á los obispos, quería primero esperar lo que se decretase en la dieta de Worms (ibid. 412). El tercer legado del concilio, el cardenal Pole, llegó á Trento el 4 de Mayo (v. Massarelli Diarium I, ed. Merkle I, 183 s.; Ehses IV, 395, 419).

(4) V. Nuntiaturberichte VIII, 133 s.

duque protestante de Wurtemberg. Farnese y sus acompañantes ardían de impaciencia por continuar adelante. El Legado pensó por un momento en cruzar disfrazado la provincia protestante de Wurtemberg, á pesar del inminente riesgo; pero no obstante, se resolvió luego á escoger lo más seguro y rodear el peligroso distrito. Provisto, pues, de suficiente escolta, y con un guía que le envió Ferdinando I, se dirigió por Ulm, Scheer, Donaueschingen y Friburgo, hacia Espira, y desde allí á Worms (1).

En Ulm tuvo el cardenal ocasión de echar una breve mirada al mundo protestante, hallando la hermosa catedral de aquella ciudad, blanqueada en lo interior «como una mezquita», y con un solo altar sin ningún adorno. La soledad de aquel templo, «limpio como una bacia de barbero», produjo una impresión por extremo triste en el cardenal y en su comitiva. ¡Qué diferencia de las iglesias de Italia, profusamente adornadas con obras de arte! Farnese, quien, naturalmente, no se dió á conocer, visitó también en Worms las librerías de la ciudad, en las cuales no halló sino libros protestantes. En esta ocasión se metió, con grande atrevimiento, en disputas religiosas; y á su reflexión: que no se debía haber dejado el antiguo y seguro camino, por sólo el impulso de algunas personas particulares movidas por la pasión, se le replicó, que no se dejaban guiar sino por la claridad de la Sagrada Escritura; ésta bastaba enteramente, por lo cual no era menester ningún Concilio.

Las vivas réplicas del cardenal fueron infructuosas, y él se acaloró de suerte en la discusión, que sus acompañantes le amonestaron á que en adelante procediese con más cautela. A pesar de todo, el cardenal disputó poco después otra vez con un literato protestante, bien que en distrito católico (2).

Cuando Farnese llegó á Worms, el 17 de Mayo, había Carlos V llegado precisamente el día anterior; y la dilación del viaje del Legado, causada por el rodeo de su camino, tuvo la ventaja de hacer que su comparecencia pudiera atribuirse simplemente á la Dieta y al negocio del auxilio contra los turcos.

Luego el 18 de Mayo tuvo Farnese audiencia con el Emperador, quien declaró paladinamente sus sentimientos católicos, salió al encuentro del representante del Papa hasta la primera sala de

(1) Ibid. 139 ss.; Kannengiesser 54, 123 s.; Druffel-Brandi 80, 83, 85, 91.

(2) V. Nuntiaturberichte VIII, 149 ss.

recibo, con el sombrero en la mano, y al despedirse le volvió á acompañar de la misma manera. En general fué el recibimiento de suerte, que Farnese juzgó no haber sido nunca mejor recibido que esta vez. Aun cuando Carlos V no ocultó cierta aspereza y severidad, sin embargo, luego que el cardenal se refirió en son de disculpa á las anteriores malas inteligencias, dijo el Emperador que se podía dar al olvido lo pasado y comenzar un libro nuevo. Prosiguiendo adelante, aseguró Carlos estar resuelto á otorgar su protección á la Santa Sede y á la Casa Farnese. No menos que el encargo primero del Legado, halló también la más favorable acogida el segundo, es á saber: el ofrecimiento de un subsidio de 100,000 ducados para la guerra contra los turcos, la cual suma se depositó para este fin en Augsburgo.

En tercer lugar rogó Farnese al Emperador favoreciese el Concilio, permitiendo á los obispos tomar parte en él, y corrigiendo el proceder del virrey de Nápoles, que proyectaba la representación de todos los obispos por unos pocos prelados por él enviados, y no consintiera semejante cosa en el resto de sus Estados; acerca de lo cual dió Carlos V una respuesta evasiva (1).

Las demás negociaciones con el Legado las dirigió Granvella, el cual ensalzó ciertamente la resolución del Papa de proceder á la apertura del Concilio; pero insistió en señalar el peligro, con esto enlazado, de que los protestantes turbasen entonces la Dieta imperial, cayendo sobre los católicos alemanes y aun emprendiendo una expedición de venganza contra Roma. El Emperador por sí solo se hallaba tanto menos dispuesto á oponer provechosa resistencia á un ataque semejante, cuanto no se podía contar para nada con los católicos alemanes, y todo estaba pendiente del auxilio del Papa.

El cardenal quedó asombrado ante aquellas manifestaciones. Que el Emperador, á quien en los años anteriores había tenido el Papa que hacer llegar las más serias admoniciones por sus ilícitas condescendencias con los novadores, procurara ahora una

(1) V. la carta de Farnese al Papa y á los legados del concilio, fechada en Worms á 22 de Mayo de 1545, en Druffel, Karl V, II, 57 s.; III, 62 s. y en las Nuntiaturberichte VIII, 160 s.; ibid. 158 s. hay también una relación de 21 de Mayo sobre las primeras impresiones (la palabra chiesino señalada con un sic por Friedensburg p. 159, línea 10, se ha de leer chietino, y significa un hombre piadoso). Cf. en el apéndice n.º 69 la \*carta del cardenal Hérc. Gonzaga de 4 de Junio de 1545. *Biblioteca Vaticana*.

alianza con Roma para abatirlos por medio de la fuerza, no podía al principio creerlo de ninguna manera; y se le hicieron por extremo sospechosas, así la frialdad con que se trataba la causa del Concilio, como la súbita manifestación de un tan gran temor de Carlos V respecto de los protestantes. Respondió, pues, el cardenal, que la incumbencia de despacharse en Alemania con sus adversarios, competía en primera línea al Emperador; por lo demás, no estaba excluido que Paulo III le prestara para castigarlos un auxilio pecuniario. Farnese puso en duda al principio que el Emperador tomara este negocio seriamente, sospechando que, lo único que pretendía Carlos V, era sacarle al Papa la mayor cantidad posible de dinero, so color de la guerra contra los protestantes, y luego, sin cuidarse de la Santa Sede, continuaría componiéndose como antes con los Estados inficionados por la reforma, á condición de que le dieran auxilio contra los turcos (1). Sin embargo, en el decurso de las negociaciones se desvanecieron aquellas desconfianzas, y Farnese adquirió el convencimiento de que el Emperador tomaba en serio el plan de oponerse con la fuerza á los Estados protestantes del Imperio, y solamente procuraba diferir el Concilio para poderlo abrir después con tanto mayor eficacia. La propuesta del Emperador, de apelar, de mancomún con el Papa, á la fuerza contra los protestantes, no sólo dejaba esperar la restauración de la Iglesia católica, tan gravemente perjudicada en Alemania, sino hacía confiar asimismo que Carlos V ampararía la autoridad del Papa frente al Concilio, en vez de hacerse, según se había temido, representante de los conatos encaminados á la limitación del poder pontificio. A todo ello se añadía la perspectiva de que la alianza entre el Papa y el Emperador traería asimismo grandes ventajas para el engrandecimiento de la familia Farnese (2).

Los nuncios Mignanelli y Dandino, que se hallaban presentes en Worms, no acababan de escribir á Roma bastantes cosas para ponderar la habilidad y prudencia que el cardenal legado había descubierto en aquellas negociaciones; y ambos eran de opinión, que el Papa debía en todo caso entrar en el proyecto del Empe-

(1) Así lo escribió al Papa el 22 de Mayo de 1545 (v. Druffel, Karl V, II, 57; cf. Pallavicini l. 5, c. 12).

(2) V. la carta de Farnese á Paulo III de 22 de Mayo de 1545 en Druffel II, 57 s.; cf. Kannengiesser 58 y el mismo en la Festschrift des protestant. Gymnasiums zu Strassburg (1888) 217 s.

rador de hacer de común acuerdo la guerra contra los protestantes (1). También Farnese participaba de la misma opinión; pero sin instrucciones determinadas para responder á la tan inesperada propuesta que se le acababa de hacer, y sin poderes para entrar en un proyecto de tanta importancia y trascendencia, pudo solamente dar la seguridad de que el Papa apoyaría con todas sus fuerzas una empresa tan importante para la Iglesia (2). Así pues, para facilitar, con su mediación personal, la conclusión de una alianza tan provechosa entre las dos supremas Cabezas de la Cristiandad, y al propio tiempo, para guardar el mayor secreto posible, resolvió regresar apresuradamente á Roma. Tanto él como su acompañante Aliprando Madrizzo, se vistieron trajes alemanes para pasar inadvertidos y escapar mejor á las asechanzas de los protestantes, los cuales habían ya entrado en sospecha. En la tempestuosa noche del 27 al 28 de Mayo, salió el cardenal de Worms (3); ya el 2 de Junio se hallaba en Trento, donde enteró á los Legados del éxito de su comisión en lo relativo al Concilio (4), y en la tarde del 8 de Junio entró á caballo en Roma (5).

El cardenal Farnese llevaba al Papa un escrito de propio puño del Emperador, en el cual le decía éste, que se había entendido enteramente con el Legado, y solicitaba una presta resolución de Su Santidad (6); pero Paulo III estaba indeciso sobre si debía aceptar el ofrecimiento de Carlos V, y sólo después que hubo deliberado con los cardenales sobre aquel importante negocio, se declaró dispuesto á prestar los más amplios auxilios. Era su voluntad obligarse á agregar á los 100,000 ducados depositados por Farnese en Augsburgo, otros 100,000 que se depositarían en Venecia; á mantener á su costa por cuatro meses 12,000 hombres de infantería italiana y 500 jinetes de armadura ligera. Además, otorgaría la mitad de las rentas de un año de las iglesias de España, por valor de 400,000 ducados, y permitiría la enajenación de bienes feudales de los monasterios españoles (á los cuales se debería indemnizar por otra vía), hasta la suma de 500,000

(1) V. Nuntiaturberichte VIII, 169 s.

(2) Parece que, en este respecto, fué bastante lejos (v. Kannengiesser 58 s.).

(3) Nuntiaturberichte VIII, 181.

(4) Cf. Massarelli Diarium I, ed. Merkle I. 198-200; Ehses IV, 422.

(5) Nuntiaturberichte VIII, 37, 198; cf. Campana 482.

(6) Nuntiaturberichte VIII, 183, nota 1.

ducados. También se inclinaba el Papa á acceder á que se difiriese la apertura del Concilio. A su vez pedía Paulo III que los subsidios otorgados se emplearan exclusivamente en la guerra contra los Estados protestantes del Imperio, y no se ajustara con ellos ninguna avenencia parcial. Ya el 17 de Junio, pudo Farnese comunicar á Granvella estos ofrecimientos, y el día antes había escrito á Carlos V, que el Papa estaba firmemente resuelto á emplear todo su poder en favor del Emperador, lo cual le llenaba de la mayor alegría que jamás hubiera sentido en su vida (1).

Paulo III hizo emprender ya entonces grandes armamentos, cuyo objetivo no podía ser dudoso (2), y el correo despedido á 16 de Junio con los ofrecimientos al Emperador, hubo de hacer su camino con tan extraordinaria celeridad, que llegó á Worms el 23 (3). Evidentemente, era menester forjar el hierro mientras estaba todavía caliente (4).

El Emperador quedó tanto más satisfecho con las ofertas del Papa, cuanto poco después se le prometieron todavía otros 100,000 ducados: en total, por consiguiente, 300,000. Por su parte prometió no emplear las contribuciones del Papa sino contra los protestantes, y no ajustar con ellos ningún convenio parcial. Luego en el decurso de aquel mismo año, quería comenzar la guerra (5).

Lo propio que á 27 y 28 de Junio, podían también los nuncios dar cuenta todavía el 1 y el 2 de Julio, de que Carlos V se hallaba ocupado en los preparativos para la campaña; que trataba de atraer á su alianza al duque Guillermo de Baviera y acallar las suspicacias de los protestantes disponiendo un coloquio religioso. Pero ya el 4 de Julio se indicó á los nuncios, haberse suscitado dificultades que podrían acarrear la dilación de la guerra hasta el año próximo (6).

(1) Ibid. 37, 198 ss.

(2) Además de las fuentes citadas por Druffel, Karl V, II, 25, cf. en el apéndice n.º 70, la \*carta del cardenal Hérc. Gonzaga de 30 de Junio de 1545. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Druffel II, 25; Nuntiaturberichte VIII, 198 s., 204, 664-665; Merkle I, 207, 221.

(4) Todas las decisiones han sido suspendidas hasta la vuelta del correo, participaba \*H. Tiranno desde Roma, á Urbino, el 27 de Junio de 1545. *Archivio público de Florencia*.

(5) V. Nuntiaturberichte VIII, 38.

(6) V. ibid, 226 s.

Cuanto más consideraba Carlos V la actual situación de las cosas, tanto le parecía más dudoso si sería posible emprender pronto las operaciones bélicas; por cuanto, aun el proporcionarse dineros, no se podía esperar sino tras más largo plazo. A esto se añadía que las negociaciones con Baviera no daban el buen resultado que se había confiado (1). Todavía vinieron Ferdinando I y Granvella á aumentar las dificultades del Emperador, en términos que el 5 de Julio era ya cosa resuelta la dilación de aquella empresa, y al día siguiente, el sumiller imperial Juan de Andelot salió de Worms para ir á dar cuenta oralmente al Papa de la mudanza que había sufrido la situación de las cosas (2).

El 15 de Julio tuvo Andelot audiencia, en la cual comenzó por exponer los motivos por los cuales el Emperador se veía necesitado á diferir la guerra hasta el año siguiente; entretanto se podrían discurrir los medios para apoyar á los católicos contra los acometimientos de los protestantes, y ajustar por escrito un convenio sobre las prestaciones de una y otra parte. En segundo lugar, suplicó Andelot que no se abriera el Concilio prematuramente; y en todo caso convenía dar aviso al Emperador antes de su comienzo, para que, marchándose de Worms, pudiera sustraerse á los peligros que le amenazaban de parte de los protestantes. Además presentó Andelot la súplica, que el Concilio no se ocupara luego en seguida de su apertura en las cuestiones dogmáticas, sino en la reforma; y asimismo que el Papa permitiera al Emperador entretener á los protestantes celebrando un Coloquio religioso y convocando una nueva Dieta imperial para el invierno; en lo cual prometía evitar cualquiera menoscabo de la autoridad de la Santa Sede. Finalmente se rogaba al Papa que procediese contra el arzobispo de Colonia, el cual podría ser un grande estorbo para los planes de Carlos V (3).

El Papa, que, después de las comunicaciones del Emperador á Farnese, y sus grandes ofrecimientos, estaba plenamente convencido de que iba pronto á comenzar la guerra, recibió la más penosa sorpresa por lo que Andelot le manifestaba. Sin embargo,

(1) Ibid. 41.

(2) Cf. Kannengiesser 63; Nuntiaturberichte VIII, 227, nota.

(3) Cf. la relación de Farnese de 19 de Julio de 1545 en Druffel II, 72 s. y la que se ha publicado de nuevo con más corrección en las Nuntiaturberichte VIII, 249 s.